

André Pons, *Blanco White y América* (prólogo de David Brading).— Oviedo, Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2006, 402 páginas.

El Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII publica el segundo de los tomos dedicados a recoger la tesis doctoral del profesor André Pons, titulada *Blanco White et la crise du monde hispanique, 1808-1814* (Université de Paris III-Sorbone Nouvelle. Études Hispano-Américaines, 1990). Del resumen y la actualización del texto original se ocupó en su día el propio autor, con la colaboración como traductor del profesor de la Universidad de Oviedo José Manuel Torre Arca. Esta labor fructificó en un primer volumen titulado *Blanco White y España*, que recogía los seis primeros capítulos de la tesis doctoral, y que fue publicado en 2002 por el Instituto Feijoo. Desgraciadamente, el fallecimiento de Pons, en enero de 2001, impidió que el autor llegara a ver culminada esa obra, cuya supervisión final debió correr a cargo del Consejo de Redacción del Instituto.

Continuando la tarea de publicación de dicho trabajo, la edición de este segundo tomo, *Blanco White y América*, ha sido preparada por el profesor Martin Murphy, reconocido especialista en la vida y obra de Blanco White, y cuenta asimismo con la traducción del profesor Torre Arca. El volumen se abre con la contribución especial del profesor de la Universidad de Cambridge y eminente americanista David A. Brading, quien firma el prólogo. Debe reseñarse desde el principio que la labor de los editores ha sido de tal calidad y detalle que permite a los lectores y estudiosos aprovechar el rigor analítico y la brillantez expositiva de André Pons en toda su extensión y profundidad. Esto permite hablar de la aparición de un volumen sobresaliente en los estudios hispánicos, que es indispensable, muy señaladamente, para todos los americanistas interesados en un conocimiento complejo de los procesos de emancipación de los territorios hispánicos ultramarinos. Esta obra se propone mostrar que José María Blanco White desempeñó un papel tan determinante en esas circunstancias históricas como habitualmente menospreciado, en comparación con el atribuido a los actores más evidentes de la crisis colonial española.

Si *Blanco White y España* permitía descubrir el complejo perfil biográfico e ideológico de Blanco White, así como su delicado y a menudo perversamente comprendido equilibrio entre el liberalismo y el patriotismo, este segundo tomo, dedicado fundamentalmente a la doctrina americana de Blanco, termina de confirmar al sevillano como un nodo de inusual convergencia histórica. Su estancia londinense y el tenaz compromiso del sacerdote con los dictados de su pro-

pia conciencia crearon el contexto óptimo para que se convirtiera en un punto inexcusable en los debates sobre el orden colonial hispánico, en el trance de la invasión napoleónica y la constitución de las Juntas americanas. Con estos antecedentes, la tesis fundamental de *Blanco White y América* puede sintetizarse en dos puntos: por un lado, Pons destaca la función determinante de Blanco y de su principal órgano de expresión, el periódico londinense *El Español*, editado por él mismo con ayuda del gobierno inglés entre 1810 y 1814, en la mediación y la orientación ideológica de los procesos americanos de emancipación. Así, el lector podrá descubrirlo desde estas páginas como destacado agente de una labor diplomática oficiosa, más o menos secreta, a varias bandas, entre las Cortes, las Juntas y la Regencia españolas, los monopolistas gaditanos, las Juntas americanas y el *Foreign Office* inglés. Por otro lado, y poniendo énfasis en deshacer tradicionales errores valorativos, Pons se esfuerza en matizar la intención y el alcance real de las ideas de Blanco como precursoras de la ruptura del orden colonial hispánico.

Pons sopesa, de este modo, las posturas más habituales entre las escuelas historiográficas y los grupos de opinión respecto al significado histórico de Blanco White. El autor refuta la leyenda negra de Blanco (en la que Gómez Imaz y Menéndez Pelayo son autores conspicuos), sin dejar por esto de apostillar las conclusiones no menos prejuiciosas de cierta leyenda áurea liberal. El análisis concluye la originalidad de las soluciones propuestas por Blanco para sortear las disyuntivas históricas que se le plantearon al mundo hispánico desde el último cuarto del siglo XVIII. Así, afirma Pons: «Es totalmente inexacto decir, como han hecho los críticos conservadores, que Blanco alentó el separatismo, que fue un traidor [...]. También es inexacto decir, como han hecho algunos críticos progresistas, que Blanco preconizó primero la asimilación, luego la autonomía y al fin se resignó a la independencia» (pág. 106). Por el contrario, la doctrina americana de Blanco se descubre, a la luz del copioso arqueo documental expuesto por Pons, como un conjunto extremadamente coherente, centrado desde el principio sobre la idea de una solución federal y monárquica semejante a las ya propuestas por el Conde de Aranda o Godoy. Sólo la última observación de la tesis progresista (que Blanco aceptó al final la Independencia) es verificable en las últimas líneas de su obra; pero dicha posición respondió, antes que a un principio programático, al devenir de los hechos, que incluso algunos de los más reacios a adoptar cambios en el orden colonial supieron interpretar del mismo modo que Blanco, para percibir sobre el horizonte histórico la fragmentación inevitable del orbe hispánico.

El libro se estructura en siete capítulos, más un completo apartado final de bibliografía actualizada por temas, en los que se da cabida a materias dispares, tales como el protagonismo de Blanco White en los intentos de mediación entre

España y los insurgentes americanos, la actitud de los monopolistas de Cádiz hacia la petición de libre comercio de los criollos, la postulación de Inglaterra como mediadora en la crisis, o la cuestión de la representatividad real de la Junta Central, polémica en la que, para legitimar el derecho americano a constituir Juntas autónomas, Blanco se limita a retomar hábilmente argumentos de Jovellanos, en su *Memoria en defensa de la Junta Central* y, sobre todo, en el *Dictamen a la Junta Central*, de octubre de 1808. Todas estas materias coinciden en apuntar la decisiva función de Blanco White y de *El Español* en la orientación del proceso histórico, haciendo que los diputados americanos en la Península adoptaran una línea común y unificando el criterio de las Juntas americanas al hacerles llegar a través del periódico noticias provenientes de todos los antiguos virreinos.

Especial relevancia para el bosquejo del retrato ideológico del sevillano tienen los capítulos dedicados a la famosa polémica entre Blanco White y fray Servando Teresa de Mier sobre los términos de reforma y revolución en América, querrela abierta tras el cuestionamiento que *El Español* hiciera, en su número 19, de la pertinencia de la declaración de independencia venezolana de 1811. Esta polémica tuvo una gran repercusión en América, y, paradójicamente, habría de ejercer una profunda influencia en el propio Mier en contra de sus posiciones iniciales, donde contestaba con dureza al editor de *El Español*. Las aportaciones de Pons al estudio de dicha polémica, ya conocidas por trabajos anteriores suyos, se revelan ahora en todo su pormenor y amplitud, terminando de ilustrar acerca de la gran influencia que el antijacobinismo de Blanco ejerció sobre los recelos que Bolívar y Mier acabarían expresando ante el democratismo y el federalismo de los modelos de estado de las nuevas repúblicas.

Por otra parte, el capítulo dedicado a estudiar las relaciones de Blanco White con el *Foreign Office* ofrece una imagen cabal y desapasionada de su colaboración con Inglaterra y de la comunión de sus ideas con los intereses de su segunda patria. Este capítulo desvela que la supuesta traición a España de la que Blanco White habría sido culpable, según las opiniones de algunos contemporáneos y de la historiografía conservadora, puede llegar a aceptarse con la reserva de apreciar varios hechos, que, lejos de servir como atenuantes al propio Blanco, apuntan directamente a la potestad del gobierno español. En primer lugar, la responsabilidad de Blanco en la solución secesionista sería nula, toda vez que nunca se adoptaron, desde España o Indias, las medidas por él propuestas: moderación reformista, federación monárquica, libre comercio y representación justa de los americanos en las Cortes. En segundo lugar, se puede apreciar un resentimiento creciente de Blanco hacia España, si bien a partir de las calumnias contra él vertidas desde la Junta Central, incluso por algunos de quienes habían sido sus amigos liberales. Por último, destaca Pons, la concesión del libre comercio

americano, ofrecida por Blanco como solución a la crisis colonial, favorecía sin disimulo posible los intereses ingleses. Pero no debe olvidarse, como recalca el autor, que dicha concesión no habría supuesto merma alguna para la metrópoli ni ventaja sustancial para Inglaterra, pues ni aquella disponía ya de hecho del dominio de los réditos comerciales indianos, ni ésta dejaba de disfrutar, gracias al contrabando, de tales beneficios. Por tanto, la concesión habría beneficiado a todas las partes en conflicto, incluida Inglaterra, interesada en la conciliación de España con sus dominios ultramarinos después de la invasión napoleónica, y previsiblemente habría impedido que la tensión abocara a la ruptura. Sólo la obstinación de los monopolistas de Cádiz y el error de cálculo de la Junta Central al avenirse a sus intereses condujeron a la revolución en América, por la que en ningún caso serían imputables ni las ideas ni la acción de Blanco White.

Por último, debe destacarse la notable función que los argumentos expuestos por esta obra pueden cumplir en la dilatada polémica que, desde el siglo XIX hasta nuestros días, enfrenta a las distintas escuelas historiográficas acerca de la influencia de las ideologías en el proceso de la Independencia americana. Cualquier análisis histórico comprometido, como éste, en un acopio documental honesto y exhaustivo, que abarca desde recursos hemerográficos y archivos públicos a los fondos personales de muchos de los protagonistas, sólo puede concluir verificando la acción de numerosas fuerzas contradictorias y la dificultad para enlazar un relato coherente del proceso continental, a partir de su gran complejidad regional. Muchas de estas fuerzas históricas, por otra parte, resultan, como muestra proverbialmente esta obra, de difícil noticia para la ciencia historiográfica, como son los celos y animadversiones personales, los intereses cambiantes de grupos soterrados o el mero azar. Desde aquí, es difícil aceptar la estrecha relación causal que una parte de historiadores ha concedido a la acción ideológica, tanto de la Ilustración como de argumentos de corte reaccionario, en la Independencia de la América española.

Más allá de su innegable interés como análisis de corte inmediatamente biográfico, *Blanco White y América* es una obra de referencia para todo estudio histórico de la Independencia hispanoamericana. Mientras resta por publicar un tercer tomo, en el que próximamente se publicará el epistolario y otros documentos de Blanco White que constituyeron el extenso *Apéndice* de la tesis doctoral de Pons, el presente volumen reúne un caudal de testimonios, muchas veces inéditos, suficiente para dar fe de la importancia de la contribución de André Pons a los estudios de la figura del sacerdote sevillano y, no menor, a los estudios americanistas.

EDUARDO SAN JOSÉ VÁZQUEZ